

Biblioteca-Films

POR MANDATO DE SU HIJO

N.º 107

25
céntos.



Vera Lewis
Willard Louis

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Calabria, 96

O

Teléfono 173-H
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

Por mandato de su hijo

Deliciosa novela sentimental, inspirada en un
tema de conmovedor realismo, interpretada por
los eminentes artistas

WILLARD LOUIS, CARMEL, MYERS
RAYMUNDO MC LEE y VERA LEWIS

Exclusiva:

Cinematográfica Verdaguer, S. A.

Consejo de Ciento, 280

Barcelona

ARGUMENTO DE ESTA PELÍCULA

Los rayos del sol ya han empezado a penetrar por entre los intersticios de las ventanas cerradas del dormitorio de Jorge Babbitt. Entremos en él. Duerme profundamente; y, sin embargo, en su rostro se dibuja una sonrisa, y, abrazándose fuertemente a la almohada, la besa efusivamente: sueña que tiene entre los brazos una imagen seductora.

Su esposa, una señora bajita y poco agraciada, penetra en el dormitorio de Jorge. Le contempla, y al ver su faz sonriente y al notar como en sueños besa la almohada, piensa con satisfacción: «¡Cómo me quiere! Está soñando conmigo». Le da lástima despertarle; pero, al fin, acerca sus labios a los de su esposo y le abraza. Jorge Babbitt despierta en los brazos de su esposa, y al abrir los ojos, su faz risueña se convierte en adusta, al ver convertido su amoroso ensueño en la más vulgar de las realidades.

—¿Por qué me despiertas, mujer?... Soñaba...

—¿Con qué... soñabas? ¡Levántate ya, hombre!... Son las diez y media lo menos... No sé para qué quieres al despertador.

—Buena, mujer, buena... Ya me levanto.

Jorge Babbitt era un hombre feliz. Joven aún había conseguido reunir un capitalito que le permitía ingresar en el honrado y pacífico gremio de la burguesía.

Bondadoso en extremo, sus tres hijos Teodoro, Verona y Autoñita, de veintidós, veinte y doce años, respectivamente—, tratábanle con sin igual camaradería, de tal modo, que había perdido su ascendiente sobre ellos.

Se levantó, cubriose con un albornoz, y se dirigió al cuarto de baño. Al llegar a la puerta, Teodoro, su hijo mayor, se le adelanta, penetra en él y cierra la puerta, diciendo desde dentro:

—Espérate un momento, papá, que enseguida acabo.

—¿Qué poca consideración tienes a tu padre, Teodoro!

—¡Amolarse!—contesta el hijo desde dentro.—Otros días me espero yo.

El padre aguardó pacientemente en la puerta hasta que el hijo mayor saliera de tomar el baño.

—Parece mentira que seas tan sinvergüenza.

Y mientras el padre se entretenía ante la puerta para reprender a su hijo, Verona, su hija segunda, le tomó también la delantera, penetrando en el cuarto de baño, diciendo:

—Papá, espérate aquí, sólo debo tomar una ducha de impresión.

—¡Habrás visto qué canallitas son mis señores hijos!

La esposa de Jorge Babbitt, testigo de estas faltas de respeto, replica:

—Jorge, esto te está muy bien porque no te sabes imponer.

—¡No te enfades, papá!— exclama Verona abriendo la puerta y saliendo de tomar la ducha.

—Ahora me toca a mí—y al decir esto, Antoñita se coló por entre las piernas de su padre y se encerró en el cuarto de baño.

—¿Tú ves esto, Myra?—pregunta el malparado padre a su cónyuge.

—La culpa es tuya, por apadrazos.

—No, la culpa es tuya, porque siempre les disculpas.

—Te pusieras en tu puesto.

Cortó esta discusión la pequeña Antoñita, que salió del cuarto de baño con los pantalones en la mano y mandó a su padre:

Papá, átamc los pantalones.

Jorge Babbitt obedeció y mientras abrochaba los pantalones a su hija, murmuraba:

—Supongo que ahora me podré bañar tranquilamente; digo, a menos que la criada...

Cuando abrió la puerta del cuarto de baño y apercibió el desorden y suciedad que reinaba exclamó:

—¡Horror!... Esto no es un cuarto de baño: esto es una trapería.

Procedió Jorge Babbitt a tomar su baño y luego se reunió con toda la familia en el comedor para el desayuno, durante el cual se

patentizó aún más la falta de ascendiente sobre sus hijos.

Verona, muy aficionada a lecturas novelescas, pasa la mayor parte del día con una novela en las manos: su primer acto al levantarse es tomar el libro que por las noches, cuando el



Dejaron del coche... (pág. 60)

sueño cierra sus párpados, ha dejado sobre la mesita de noche, e inicia el día con la lectura, y ya no deja esta ocupación hasta que, sentada en la cama, el sueño cierra sus pupilas. Durante el desayuno, tiene la novela abierta ante sus ojos, y su padre, molestando, la reprende:

—Verona, hija mía, ¿quieres desayunarte descansado un poco tu espíritu?

— ¡Déjame en paz y come!—contesta displicente la joven.

Teodoro, a su vez, ríe a Antonita porque come de un modo algo grosero, empujándose la cara con la confitura que toma:

— ¡Vamos, Antonita, no seas cochina!... Parece mentira que papá no te ría.

— Teodoro—dice el padre con voz suave—deja a tu hermana... Ven, Antonita, dame un beso.

La pequeña acercó su cara untada de confitura a la de su padre y lo dejó hecho una máscara, con gran alegría de sus hijos, que se burlaron de él.

— Papá, mira a Antonita, como se pone toda la azucaram en su plato—decía Teodoro.

— Calla, Teodoro, que no me dejas leer—replicaba Verona.

— ¡Dos más!... Siempre así a la greña entre hermanos—musitaba la madre—, y tú, Babbitt, tan tranquilo como si tal cosa.

Por estos diálogos habrá comprendido el lector que el jefe de aquella familia había abdicado su autoridad paterna ante las imposiciones cada vez más exigentes de sus hijos.

II

Jorge Babbitt ejercía el cargo de Director de la «Compañía de Construcciones» de Babbittville.

Le vemos sentado en su despacho. De pronto aprieta un timbre y se presenta una linda muchacha rubia, muy pintadita y arreglada. Es la señorita Clara, su secretaria particular. Jorge ha escogido para este menester a la más hermosa de cuantas han solicitado la plaza, pues gustándole una barbaridad las mujeres bonitas, ha creído fijarse más en el porte de su secretaria que en sus conocimientos y aptitudes. Clara reúne cuantas cualidades halagan a su director: es bella, joven y pizpireta.

— Siéntese, señorita Clara, debo apuntarle la correspondencia más urgente.

La rubia obedece, sentándose ante la mesa ministro del Director, a quien mira con una sonrisita y unos ojos maliciosos de enganche. De su seno saca la secretaria un pañolito de seda que pasa ante su nariz.

No sé cómo le alcanza a usted el suelo para usar esas esencias tan finas, señorita Clara.

— ¿No?... Pues mire usted, señor Babbitt, aún no he pensado pasarle a usted mis facturas.

Un botones penetró en el despacho, se ciadró y anunció:

— Señor Director, una señora pregunta por usted.

— Que entre—ordenó Jorge—; retírese, señorita Clara, ya la llamaré luego.

La secretaria se levantó y, al llegar a la puerta, se cruzó con la recién llegada, a quien observó de pies a cabeza.

Jorge se levantó y avanzó unos pasos para saludar a la dama. Era ésta una señora joven

añ, de una hermosura muy llamativa y elegantísima.

—¿Cómo está usted, señora?

—Muy bien, gracias. Traigo una carta para usted.

Y al mismo tiempo entregaba a Jorge un sobre que éste se apresuró a abrir.

—Siéntese usted, señora.

Ambos se sentaron, y Babbitt leyó:

Amigo Jorge: La dadora es mi distinguida amiga Tanis Judith, famosa cantante. Está delicada y el médico le recomienda aires sanos. Ruego la atiendas con tu galantería proverbial. Gracias anticipadas, y un abrazo de tu buen amigo

ROMERO.

—Encantado, señora Judith...

—Llámeme usted Tanis, a secas... Supongo que vamos a ser buenos amigos...

Y dijo esto la forastera con una sonrisa tan halagadora, con un tan dulce mirar, que Babbitt, cuya debilidad eran las mujeres bonitas, suspiró encantado de la confiada amabilidad de aquella hermosa artista. Tanis Judith comprendió que había hecho blanco en aquel corazón tan impresionable, y prosiguió:

—Va me había hablado mi amigo Roberto de su amabilidad; por eso yo me he atrevido a aceptar su recomendación...

—Señora... mejor dicho—ya que quiere la trate con confianza—Tanis, usted me dirá en qué puedo servirla...

—Estoy algo delicado de salud, y como mi médico me ordena reposo absoluto durante dos o tres meses, desearía que usted me indicase donde podría pasar estos meses de reposo... Por supuesto en un lugar que no fuese caro pues ando algo corto de fondos...

Señora, no se preocupe por eso... En las afueras de la ciudad poseo una propiedad sumamente pintoresca, en ella hay una villa que nosotros habitamos en verano y que puedo poner a su disposición durante ese tiempo que usted necesita para reponerse.

—¿No me resultará demasiado cara, señor Babbitt?

—¿Quiere usted que vayamos a verla? Así usted podrá juzgar.

—Si no le es molesto...

—Un placer, Tanis, un verdadero placer es para mí acompañar a una mujer como usted.

—¡Ay!—suspiró con segundas la artista—
Qué pocas veces se hallan hombres tan amables como usted!

—Vamos, Tanis.

En la puerta espera el automóvil de Jorge Babbitt. Este ordena al chófer:

—Vete a mi casa y di a mi señora que no me espere para comer.

Jorge se sentó en el volante y Tanis a su lado, procurando acercarse bien a él, le daba golpecitos con el codo.

El buco de Babbitt condujo en auto a la hermosa artista por lugares tan solitarios como pintorescos. Llegaron a la finca de Jorge

y éste metió el coche por entre un campo plantado de almendros, entonces en flor.

—¡Qué bonito!—exclamaba Tannis—. ¡Es precioso! ¡Parece un verdadero paraíso!... ¡Oh!... ¡Es divino este paraíso!... ¿Apeémonos aquí, Jorge?

—Como guste, Tannis.

Bajaron del coche. La hermosa Judith—que dicho sea de paso, no tenía aspecto de enferma—, no volvía de su admiración. Corrió hacia uno de los almendros, arrancó una ramita florida y, acercándose a Jorge Babbitt, le dijo con voz tímida y mirada acariadora:

—¿Me permite, Jorge, que adorne su solapa con estas florcillas?

V sin esperar contestación, se las puso en el ojal.

—¡Ay!... ¡Qué hermosa está usted, Tannis!—suspiró Jorge acercando sus labios a los labios rosados de la bella artista.

Esta hizo un movimiento promisor, y poniendo los dedos índice y anular de su diestra sobre los labios de Jorge, pronunció con un tonillo que significaba lo contrario de lo que decía:

—¡No, aún no, Jorge!

—¿Vamos a ver el caserón, Tannis?

Vamos—asintió la artista cogiéndose del brazo de su compañero.

Volvieron a subir al automóvil y, mientras muy poco a poco se dirigían a la residencia veraniega de la familia Babbitt, intimaron más. Tannis se convenció que ya tenía dominado a aquel hombre y que podía sacar de él lo que quisiera: era cuestión de oportunidad.

El edificio, situado en medio de aquella inmensa propiedad, es, exteriormente, un caserón, cuyas paredes exteriores parecían deslucidas por la hiedra que las cubrían en casi toda su superficie; pero, interiormente, es un



Babbitt había abdicado de su autoridad ante las imposiciones de sus hijos.

verdadero palacio con toda clase de comodidades y gran confort.

Entraron en la casa y la artista se hacía lenguas de su riqueza y situación:

—Esta escalera es príncipesca... ¡Qué pinturas tan bien conservadas!... ¡Qué tapices!

¡Ay, amigo Jorge, si el alquiler es demasiado caro no podré quedarme aquí!

De buena gana Jorge le hubiera ofrecido gratis la casa; pero le pareció un atrevimiento. Y para justificar el bajo precio, se acercó a una de las paredes, donde la humedad había hecho caer un pláston y, rasando en allí, dijo:

—¿Ve usted? Es escandaloso el estado en que me la tienen... Todo se desmorona... Así usted comprenderá que no pudo tener pretensiones.

—Siendo así—contestó Tanis guiñando el ojo y sonriendo maliciosamente—, es posible que nos entendamos.

Babbitt comprendió y, dándole un codazo, exclamó:

—¡Vaya si nos entenderemos! En todo caso yo haré de mi parte lo imposible para que usted me mire no como el inquilino al casero; ¡esta es papel odioso!, sino como a un amigo que le ofrece generosamente su casa... ¿La acepta usted así?

—La acepto, Jorge, agradecida. ¿Descansemos aquí en este sofá?

—Descansemos.

—¿Tiene usted miedo de mí, Jorge?

—No, no; ¿por qué?

—Acérquese más. Así... Antes le he dicho «No, aún no»; ahora le digo que es usted el hombre más ideal que he hallado en mi vida.

—¡Oh!... ¡Tanis, qué hermosa es usted!

—¿Y por qué no me tuteas, Jorge?

Aquella mujer, con sus falsas caricias, hizo

caer a aquel hombre, predisponiéndole para sus fines utilitarios. Entre besos y caricias, Judith pidió a Jorge Babbitt que le procurase la servidumbre, con el fin de pasar allí los tres meses de su pretendida convalecencia, lo que logró ella, quedando instalada en aquella suntuosa morada con toda comodidad.

Jorge Babbitt no faltaba ningún día de ir a visitarla, y la artista obtenía de él cuanto quería. ¡Siempre ha sido la mujer el verdugo más cruel e implacable del hombre, cuando éste se ha dejado vencer por sus encantos, a los que no hay fuerza humana que se resista!

Dejemos a Tanis Judith instalada muy ricamente en la villa del rico propietario Jorge Babbitt, y volvamos a casa de éste.

III

La familia Babbitt celebra el cumpleaños del jefe de la familia, que cumplía aquel día cuarenta y dos.

Al banquete que el festejado ofrecía aquel día, asistían la mayor parte de sus amistades. Y entre los asistentes vemos un poeta melancólico, un tipo largo y delgado; el banquero Wolf, un hombre bajito y rechoncho; un alfilerero gordo, glorián; un músico gran violinista, y otros aristócratas, todos con sus res-

pectivas esposas e hijas, en número de treinta.

Al descorchar el champán, el banquero Wolf invita al escultido poeta a iniciar los brindis:

—Harrison, usted que es poeta y posee a raudales el divino caudal de la inspiración, díganos alguna... cursilería.

El interpelado se levanta con la boca llena, se limpia los labios con su servilleta, engulle lo que tenía en la boca, mira a lo alto en busca de inspiración, y brinda con voz meliflua:

—Brindo... —hizo una pausa— por la majestuosa barriga del dueño de la casa... —otra patasa— gloria y honor de sus frecuentes banquetes...

Y en verso os digo, finalmente,
que he cenado... estupidamente.

Dijo el poeta y levantó su copa, que vació de un sorbo.

—A mí no me vengas con gansadas, Harris —dijo el anfitrión—, y con literatura barata. Fíjate cual es mi mejor brindis.

Y levantándose, dió la vuelta a la mesa, dando un beso a todas las señoras presentes, menos a la suya. La buena esposa, que esperaba aquella pública manifestación del cariño de su marido, alargó el cuello; pero Jorge le hizo una mueca, que hizo sonreír a los presentes.

—Señoras— peroró el virtuoso del violín, levantándose—, ahora me toca a mí... Yo voy a hacer hablar mi instrumento.

Todos pasaron al salón y se inició un concierto de piano y violín. Luego se bailó.

Durante el banquete, todos habían notado

como Teodoro, el hijo mayor de los Babbitt, sentado al lado de la joven y encantadora Eunice, hija del banquero Wolf, simpatizaban, exteriorizando esa simpatía con algún descaro. Ambos jóvenes bailaron juntos el shimmy con tal descoco, que al padre de Eunice le supo a rejalgar el que su hija diera tal expresión al apuro del camello. Por eso se acercó a su amigo Jorge Babbitt y le manifestó:

—Amigo Jorge, veo que tu hijo es un canchilto de órdago.

—Pues no digo nada de tu Eunice, ¿no ves qué pantorrillas enseña?... Ya les voy yo a arreglar.

Jorge Babbitt se acercó a los jóvenes y les recorrió con dulzura:

—Hijos míos, no tanto movimiento, que todos tienen los ojos fijos en vosotros.

La pareja no hizo gran caso de la observación, y continuó danzando. Sin embargo, notando Teodoro que, en efecto, las llamativas contorsiones de la pareja atraían las miradas de los asistentes, dijo a su bailarina:

—Eunice, nos miran. Todo esto es obra del antipático de tu padre...

—La verdad— contestó Eunice—, No quiere de ningún modo que seamos novios... Y siempre me está regañando por el mismo motivo.

—¿Sabes lo que podemos hacer?

—¿Qué?

—Al terminar el shimmy, irnos al jardín.

—Sí, allí estaremos más frescos y más... tranquilos.

Un momento más tarde, ambos jóvenes esta-

ban sentados en un banco del jardín, escribiendo una página de amor.

Jorge Babbitt, al notar la ausencia de su hijo y de Bunice del salón de fiestas, comprendió que estarían en el jardín y fué en su busca. Sin que ellos lo notaran, de puntillas, se colocó tras un macizo cercano al banco donde transcurría el idilio y oyó su conversación:

—¿Me amas, Teodoro?

—Más que a mi vida.

—Día y noche pienso en ti.

—Yo ya ni siquiera pienso en ti, porque eres como otro yo que vive dentro de mi pecho, formando un solo pensamiento con mi pensamiento, un solo corazón con mi corazón.

Un silencio, dos suspiros y el aleteo de un beso.

Jorge Babbitt, falto de autoridad con su hijo, no tuvo el valor de interrumpir aquel idilio y pensó: «¡Qué bonita es la juventud!... ¡Oh! ¡El amor!...»

Un momento después Jorge Babbitt tomaba el coche para ir a visitar a Judith, quien le había telefonado diciéndole: «Jorge, aunque tú celebres tu cumpleaños no quiero acostarme hoy sin tener el gusto de abrazarte; yo también quiero participar de tu regocijo... Te espero».

Dejó a sus convidados en compañía de su familia y dió orden a sus criados de que si alguien preguntaba por él, contestasen que había ido a descansar por hallarse indispuerto. Entretanto iba en busca de un amor prohibido.

Tanís Judith le esperaba, vestida solamente



Y al decir esto, Jorge sacó su formidable colección de cheques... (pág. 20)

con un salto de cama de seda, e intensamente perfumada.

—Hijo: ¡qué caro eres de ver!... Jorge, sufro mucho.

Y al decir esto, Tanis fingió unas lágrimas que enternecieron el corazón de mantequilla de Babbitt.

—Pero, Tanis, ¿qué te pasa?

—¡Ay!... ¡Una tristeza horrible!... ¡Tan sola!... ¡Ay!... ¡Soy la mujer más desgraciada...!

Una congoja perfectamente simulada, como de gran artista que era, cortó la frase de Judith, que apoyó su cabeza perfumada sobre el hombro del incauto Jorge, que sentía moverse todas las fibras de su ser. Abrazó con fuego aquella cabeza y la besó con pasión, diciéndole:

—¡Oh!... Querida mía, me disgusta mucho verme tratado por ti con tanta desconfianza...

¡Para qué estoy yo aquí, sino para ayudarte? Vamos, sentémonos, y libérame el corazón...

—Se sentaron: ella con un pañolito de seda se tapaba los ojos; él, trastornado, prosiguió:— Dime, Tanis, amada mía, ¿te falta dinero?

La artista se estremeció de placer: es lo que buscaba; pero quiso fingir y contestó, entre sollozos muy bien imitados:

—No, no tengo dinero; pero eso no me importa; lo que me causa más pena es pensar que estoy aquí siempre tan sola, mientras tú, el hombre por quien yo suspiro, estás rodeado de mujeres... ¡Ay!...

Una mujer como tú no debe sufrir privaciones.

Y al decir esto Jorge sacó del bolsillo su talonario de cheques y tomando su pluma estilográfica preguntó:

—Vámonos a ver, ¿qué necesitas?

—¡Ay!... No, no; yo no debo... ¿Por quién me vas a tomar?

—¿Por quién?... Por la mujer a quien yo adoro.

—¡Jorge mío!... ¡Sí, sí, acepto, sólo para probarle mi confianza, firmame un cheque por la cantidad que quieras!... Aunque sólo sean mil dólares... Lo que quieras.

Jorge Babbitt suscribió un talón de dos mil dólares y se lo entregó a aquella mujer que había puesto en juego los mil recursos de su coquetería para perder a aquel hombre. Ella era joven, hermosa, perversa... Jorge, por el contrario, era incauto, sencillo, transparente de sinceridad... ¿Qué debía pasar?

Jorge Babbitt salió de casa de Tanis Judith bien entrada la mañana.

IV

Transcurrían los días. En casa de Babbitt, la vida deslizábase mansa y monótona. No se notaba en ella ese calor del hogar que cons-

tituye la felicidad de las familias. Los hijos hacían lo que les entraba en ganas: Teodoro salía con frecuencia para ir a ver a su novia Eunice, con quien tenía relaciones secretas; Verona, siempre enfrascada en la lectura de novelas amatorias, no veía nada de lo que pasaba a su alrededor; la pequeña Antonita, no es de este mundo, ella sólo se entusiasma ante un pote de mermelada; Myra, la esposa buena y la madre amante, es la única que vale algo en aquella casa y la sola que pone su granito de arena para lograr la felicidad familiar; pero está tan aislada y tan poco ayudada por los demás, que sus esfuerzos se estrellan ante la manera de hacer de los miembros de aquella desencajada familia. En cuanto a Jorge Babbitt hace ya días que para muy poco en su hogar y no se preocupa de su familia. Sus gastos se han multiplicado de tal modo, que su esposa se apercebe que por este camino van a la ruina.

Así se lo manifiesta a su esposo mostrándole un dictario donde ha anotado ella los gastos del mes.

—Jorge, mira; desde hace un mes los gastos han cuadruplicado... Si no ahorramos más nos vamos de cabeza a la ruina.

—Va lo veo, Myra; pero yo no puedo dejar de gastar lo que gasto. Disminuye los gastos domésticos... Bueno, no pongas esa cara de vinagre... ¡Ah!... Hoy te he traído un obsequio, Myra.

—¿Y qué es?

—Aquí lo tienes, dentro de esta caja... Para que veas qué te quiero.

Y al decir esto, Jorge entregó a su esposa una caja muy envuelta. Myra desenrolló el paquete y halló dentro de la caja un aparato como un cilindro con dos asas que llevaba este letrero: *Aparato de auto-masaje*.

—¿Esto? —inquirió la esposa.

—Sí; para que te desaparezcan las arrugas del cuerpo y te hagas más joven.

Ante aquel aparato de auto-masaje, Myra se entristeció. Aquello significaba que su tipo no era ya del gusto de su esposo; que Jorge la consideraba ordinaria; que estaba fea, envejecida. Por eso se entristeció la esposa.

—¡El tolo soy yo, que me preocupo de ti! —manifestó malhumorado Babbitt—. Pero bueno es saber como recibes mis regalos... No me ocurriré más.

—¿Es que veo que cambias, Jorge! ¿Quién te ha dicho que para ser una buena esposa y una buena madre, haya necesidad de tener una gran figura?... ¿Ni para qué la quiero yo a mis años?

Así decía la buena esposa y, sin embargo, ¿qué no hubiera hecho allá para gustar a su esposo?

V

Ignoraba Myra las malas andanzas de su esposo; pero una circunstancia fortuita hizo que llegaran a su conocimiento los malos pasos de

sa Jorge. Este y Myra visitaban un día a los esposos Harrison. Ya recordará el lector al escuálido poeta del brindis. La señora Harrison, una furia con falda, trataba a su marido con una severidad excesiva, sin percatarse delante de quién se enfadaba. En presencia de los Bablitt aquella hembra se cruzó contra el desdichado poeta por un quitame allá esas pajas, y, enfurecida, casi llegó a pegarle. Quiso Bablitt salir en defensa del esposo injuriado y se atrevió a decir a la señora Harrison:

—¡Señora, por Dios!... ¡Qué manera de tratar a su esposo!

—¡Claro!—contestóle la Harrison, poniéndose en jarras—. ¡Cómo no han de defenderse ustedes, si son todos iguales?

—¡Señora!...—balbuceó Jorge

—Usted es el primero que abandona a su mujer y a sus hijos para ir haciendo el ridículo detrás de esa... cantadora, o lo que sea.

—¿Yo?

—Sí, sí, usted... No haga el desentendido... En su villa del Vedado la tiene usted a todo trapo como una reina... ¿Cree usted que no lo sabe ya todo el mundo? Todos menos su pobre esposa...

—¡Dios mío!—clamó Myra—. ¡Qué horror!

—Eso es una calumnia, señora—rugió Jorge, simulando indignación.

—Usted mejor que nadie sabe que digo la verdad. Sí, Myra. Tu marido pasa los días y las noches con esa.

—Vámonos, Myra... sino sería capaz de cometer una barbaridad con esa mujer.

Al llegar a casa, la esposa burlada se quejó amargamente a Jorge:

—¿Jorge!... ¡Jorge!... ¿Es cierto lo que acabo de oír?... ¿Es posible que tú...? ¡Oh, no!... Dime que es falso... No quiero creerlo.

—Y aunque no lo fuera, la culpa es vuestra, por hacerme odiosa la vida del hogar... ¡No pensáis que uno establece comparaciones!

—Ya comprendo... Te has cansado de mí; pero ¿y tus hijos?... ¿Es una infamia lo que haces?... ¿Y eres tú la persona honorable, el padre ejemplar, el marido modelo?... ¡Hipócrita!... ¡Infame!

—Déjame!

—¡Oyeme, Jorge, reflexiona!... Tú no eres malo... no lo fuiste nunca. Piensa en tus tres hijos a quienes debes buen ejemplo... Aunque a mí no me quieras, hazlo por ellos... Si te es torbo, me iré donde tú me digas... Fugiremos un viaje, y no sabré la gente...

—Sí, Myra... tal vez esto sea lo mejor: así olvidaremos estas tonterías. Yo te prometo corregir mi falta... ¡No hablemos más de ello!... ¡Dice mal, lo reconozco...

Como consecuencia de esta conversación, dos días después, Myra salió con dirección al campo a casa de una parienta cercana, acompañada de sus hijos, pretextando tener quebrantada la salud. Y a lo que era cierto, pues el conocimiento de la vida disipada de su esposo llegó a preocuparla tanto que cayó enferma de bastante cuidado.

Jorge, lejos de separarse de la mujer que le conducía a la ruina, a la desunión y al desmoronamiento de la familia, continuó con más asiduidad que nunca visitándola y dejándose llevar por ella.



*Myra, la esposa buena,
la madre amante...*

Un día su amante le propuso huir juntos lejos, muy lejos, donde nadie pudiese saber de ellos.

—Sacas todo el dinero del banco—le aconsejó—y nos vamos a gozarlo juntos. ¿No te parece?

—Sí, Tanis mía, iremos a la felicidad de un amor gozado sin trabas ni cortapisas. Mañana mismo huremos.

—¡Mañana!

Aquella noche Jorge Habbert preparó su equipaje para emprender el viaje con Judith. Cuando se disponía a salir de casa, recibió esta carta del amigo en cuya casa se hallaba Myra y los suyos:

Querido Jorge: Tomamos el deber de avisarte que Myra desmejora notablemente. Son inútiles los esfuerzos de mi esposa y míos para curarla. Sinceramente opinamos que debiera trasladarse a esa, pues su salud ya no depende del aire que respira, sino de ciertos cuidados personales que sólo tú le puedes prodigar. Esta es mi sincera opinión... Si no recibimos orden en contrario, Myra volverá a su casa mañana mismo. Siempre tu amigo

J. W.

Aquella carta era la voz de la razón que hacía una llamada a su voluntad para iluminarle en la vía del bien; pero ¡puede tanto sobre la voluntad del hombre el influjo de una mujer mala! Todos los buenos impulsos, todos los sentimientos nobles son anulados por el falso amor, por los encantos fascinadores de las falsas sirenas del amor.

Jaine arrugó aquella carta y haciendo caso omiso de su contenido, salió de casa dirigiéndose, a la hora convenida, a casa de Tanis Ju-

dith, quien se hallaba ya dispuesta para el viaje.

Hubo un momento en que Jorge Babbitt se arrepintió de cometer la villanía que estaban preparando él y Judith contra su esposa y dijo a Tantis:

—Es preciso que terminemos de una vez, querida Judith. Tengo noticias de mi mujer que se encuentra peor y he pensado hacerla volver a casa.

—¿Y yo, nada te importa?... ¿Permitirás que la mujer que se ha entregado toda a ti en cuerpo y alma quede abandonada, en vez de consagrarse definitivamente a la felicidad?

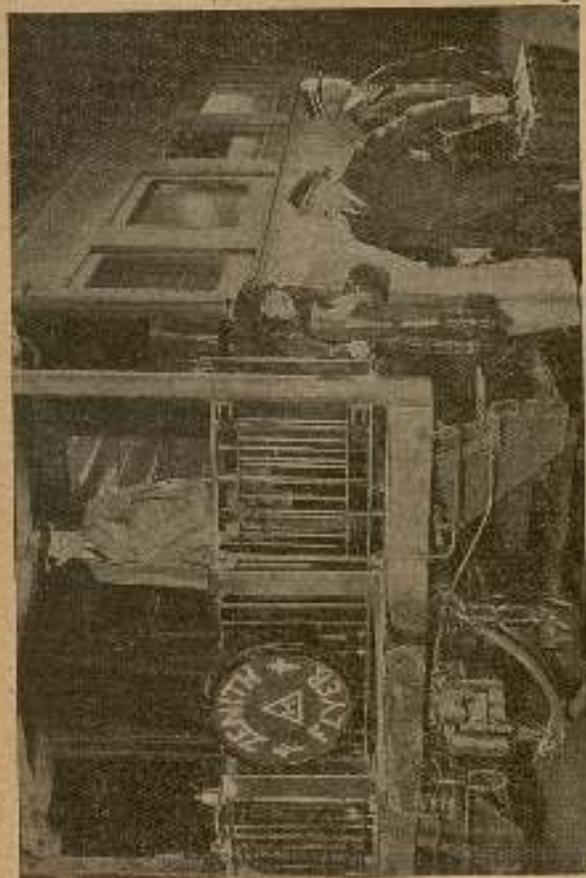
Judith se desató en un llanto amargo y vació el fiasco de la sangre, y al ver venida a su víctima, la artista se impuso:

—¡Jorge mío, vayámonos de aquí!... ¡No me dejes ahora que empiezo a saber lo que es la dicha en el amor!

Ambos amantes se dirigieron a la estación.

VI

Tandoro y Eunice se han casado sin la asistencia de sus padres; pero el padre de ella, que acaba de enterarse por ellos mismos de tal noticia, ha aceptado el hecho consumado y les ha perdonado.



Este pasó al mismo departamento del desconocido (pág. 30)

Ahora los dos recién casados llegan a casa de los padres de Teodoro para comunicar a éstos tan funesta noticia.

Se enteran con sorpresa de que su madre está reponiéndose en el campo: así se lo comunican los criados.

—¿Y papá?

—El señor Babbitt—le dicen—ha salido hace un momento con una maleta. Seguramente debió dirigirse a la estación.

Teodoro y Eunice se dirigen a la estación en el mismo automóvil en que habían venido a casa. Pero al pasar cerca de la finca propiedad de la familia, vieron el auto de su padre parado a la puerta, y Teodoro, bajando del suyo, se acercó a él, abrió la portezuela y al reconocer a aquella mujer que todos decían era la amante de su padre, le preguntó:

—¿Qué hace usted aquí, señora?

—Pues... espero a tu padre.

—¿Para marcharse, para huir con él? Usted le hace creer que le ama y las mujeres de su faz no pueden enamorarse más que del dinero. Marchese usted sola, señora, yo se lo suplico.

—Me pide usted un imposible, Teodoro. Su padre está metido de su casa... Todos le hacen la vida imposible... y él tiene derecho a la felicidad.

—Usted es quien le hará desgraciado para toda su vida... Usted es quien le arrastra ilusionándolo con esperanzas de un amor falso y egoísta... ¡Pero yo lo impediré!

En aquel momento el señor Babbitt salía de la casa e iba a subir al coche.

—¿Tú aquí, Teodoro?

—Sí, papá... No quiero que te vayas con esta mujer que labrará tu desdicha... ¡Pobre madre mía!... ¡Ella tan buena!... ¡Tan resignada!... ¡Tan confiada siempre en tu bondad! ¡No huyas así!... ¡Esto es una cobardía, papá!... ¡Piensa que tienes el deber de velar por el honor y la vida de mi madre!

—¿Jorge!—mandó Judith—; ¡Sube!

Babbitt dió un paso hacia el auto; su hijo se interpuso y le amenazó:

—¿No!... ¡No!... ¡No te irás aunque quieras!

—¿Quién lo manda?

—¿Tu hijo!

Babbitt dió un empujón a Teodoro, subió al coche y éste desapareció.

—Eunice—dice Teodoro con tristeza—, volvámonos a casa.

Al llegar a la puerta de su casa, su hermana y otra señora ayudaban a bajar a su madre de un automóvil. La primera pregunta de Myra fué:

—¿Y tu papá?

Teodoro ocultó la verdad, y cuando a su madre le llevaban a la cama, subió al auto y voló a la estación en busca del autor de sus días.

Mientras Jorge Babbitt tomaba los billetes y Judith le esperaba, un caballero muy elegante

la miró fijamente; ella correspondió con una sonrisa. El caballero pasó al andén siguiendo a Jorge y a Judith; ésta subió al mismo departamento del desconocido, mientras Babbitt se ocupaba de las maletas.

En aquel momento, y antes de que Jorge subiese al tren, llegó su hijo Teodoro.

—Papá—le dijo—, ha llegado mamá. Está enferma y se va a morir de disgusto cuando sepa tu última calaverada.

—Déjame—contestó Jorge subiendo al coche.

—¡Papá, papá!

El tren se ponía en marcha. El hijo tendió los brazos en actitud suplicante. Jorge Babbitt vió en aquel momento, a su amada Judith en los brazos de otro hombre, y, arrojando su maleta al andén, saltó del tren y corrió a abrazar a su hijo, pensando en lo que perdía arrojándose en los brazos de una mariposa del amor.

El padre volvió al lado de la esposa que con sus caricias pronto estuvo curada, y aquella familia volvió a ser feliz gracias al mandato de un buen hijo.

FIN

Núm. 108 - **BIBLIOTECA FILMS** - 23 de febrero

LA BODA DE ROSINA

Por los artistas JOSYANE, JEAN DEHELLY
y ANDRÉ LEFAUR.

Postal: *J. Wallace Berry*

25 cénts.

BIBLIOTECA FILMS

1	Ne se fie de las apariencias.	<i>Mary Pickford</i>	30¢
3	Lorna Doone	<i>Charles Chaplin</i>	25¢
5	Cuidado con la curva!	<i>Lil Dagover</i>	25¢
6	El León de Venecia (2. ^a edición)	<i>Magda Billamy</i>	25¢
8	Ensayo	<i>A. Rouane</i>	25¢
9	Sherlock Holmes	<i>Dorothy Phillips</i>	25¢
10	Las esposas de los pobres	<i>Barbara La Marr</i>	25¢
11	El Signo del Zorro (2. ^a edición)	<i>Douglas Fairbanks</i>	25¢
13	Luis Miller	<i>Ramón Navarro</i>	25¢
14	Flor de Fuego (2. ^a edición)	<i>Frank Mayo</i>	25¢
15	Las dos niñas de París (4. ^a ed.)	<i>Mary y Douglas</i>	25¢
16	Recetando la honra (2. ^a ed.)	<i>Tom Mix</i>	25¢
17	La hija del fuego (2. ^a edición)	<i>Perla Blanca</i>	25¢
18	Nathan el sabio	<i>Sandra y Herrmann</i>	25¢
19	La Huerfana (4. ^a edición)	<i>Dorothy Gish</i>	25¢
20	Clarita May	<i>Bessie Love</i>	25¢
22	Perdida y encontrada (2. ^a ed.)	<i>Antonio Moreno</i>	25¢
23	El alma de Oscar	<i>Cullen Landis</i>	25¢
24	El Botones n.º 13	<i>Douglas Mac Lean</i>	25¢
26	Mandria, cascillo de leyenda.	<i>Ronald Foubi</i>	25¢
27	El velo de la dicha	<i>Claire Windsor</i>	25¢
30	Nellie, la bella modelo.	<i>Mae Murray</i>	25¢
38	Como aman los hombres	<i>Barbara La Marr</i>	25¢
31	El Ladrón de Bagdad (3. ^a edición)	<i>Lya Mara</i>	25¢
32	La Reina de la Moda	<i>Faustine Blanc</i>	25¢
33	Montmartre	<i>Pola Negri</i>	25¢
34	El Caballero de la Pesadilla	<i>Ivan Masjenkine</i>	25¢
36	El regreso de Cyclone Smith	<i>Eddie Polo</i>	25¢
37	Dorothy Vernon (3. ^a edición)	<i>Mary Pickford</i>	25¢
38	La Ley de la Hospitalidad	<i>Ruster K. (Pamplina)</i>	25¢
39	Viva el Rey!	<i>J. Coogan (Chiquillo)</i>	25¢
41	Locuras de juventud	<i>Mia May</i>	25¢
42	Historia de un dólar	<i>Tom Moore</i>	25¢
44	¡Volarás por tu hijo!	<i>Andre Rolane</i>	25¢
45	El botín de los piratas (2. ^a ed.)	<i>Perla Blanca</i>	25¢
46	Amor que vence al amor	<i>Betty Compson</i>	25¢
47	Los tres mosqueteros (2. ^a edición)	<i>Douglas Fairbanks</i>	25¢
48	Tony.	<i>Shirley Mason</i>	25¢
50	El Camino del amor.	<i>Rodolfo Valentino</i>	25¢
51	Vida de los artistas de cine	<i>Wallace Reid</i>	25¢
53	Oriente	<i>Facchini</i>	25¢

52	El islote de las perlas	<i>Jean Tolley</i>	250
54	El pez dorado	<i>Constance Talmadge</i>	250
55	La gitana blanca	<i>Ragnel Meller</i>	250
56	La ingenua	<i>Hella Moya</i>	250
57	El Nueva York de antaño	<i>Marion Davies</i>	250
58	La venganza de Crimilda	<i>Mary Mac Laren</i>	250
59	Los hijos de los hombres pobres	<i>Mary Alden</i>	250
60	El casamiento de mediu noche	<i>Katherine Mac Donald</i>	250
61	El caballero valiente	<i>Dorothy Marshall</i>	250
62	La Mujer inmortal	<i>George Walsh</i>	250
63	Mónica	<i>Francis Dillon</i>	250
64	La modistilla	<i>Pat O. Malley</i>	250
65	La novia del legionario	<i>Margueritte Rocky</i>	250
66	Con el amor no se juega	<i>Lynians Bernhardt</i>	250
67	El Rey sin reino	<i>Renee Heribel</i>	250
68	Grandes de Humildes	<i>Marie Prevost</i>	250
69	Madre Adozada	<i>Rachel Daviye</i>	250
70	El Santuario del amor perdido	<i>Sidney Chaplin</i>	250
71	El Chico	<i>Evo de Putti</i>	250
72	La Linda Rubia	<i>Elena Madonika</i>	250
73	La Llama del genio	<i>Hops Hampton</i>	250
74	Index	<i>Rene Navarre</i>	250
75	Nueva Misión de Julex	<i>George Biscot</i>	250
76	El mimado de la abuela	(EJ)	250
77	Yo pecador	<i>Lewis Stone</i>	250
78	Bajo la máscara	(Cayena)	250
79	La rosa de París	<i>Baby Peggy</i>	250
80	Por el recuerdo de un beso	<i>Betty Blythe</i>	250
81	Tosca	<i>Francesca Bertini</i>	250
83	El rey de los corsarios	<i>Klara d'Albaton</i>	250
84	La culpable	<i>Regine Bonet</i>	250
85	En alas de la gloria	<i>Dick Daniels</i>	250
86	El navegante	<i>Anita Stewart</i>	250
87	Avaricia	<i>Bibbely Bayne</i>	250
89	Los ángeles del hogar	<i>Monte Blus</i>	250
90	La dama de la noche	<i>Norma Shearer</i>	250
91	El árbitro de la elegancia	<i>Virginia Valli</i>	250
92	¡Que siga la danza!	<i>George O'Brien</i>	250
94	Barrera infranqueable	<i>Gladys Walton</i>	250
95	Segunda juventud	<i>Conrad Nagel</i>	250
96	Los peligros del flirt	<i>Natalie Kovanta</i>	250
97	Dick Turpin	<i>Tullo Carminal</i>	250
99	Su hora	<i>Fach Duffy</i>	250

¡ Pronto!

Un gran éxito se publicará en el 9.º libro de

FILMS DE AMOR

« El Ideal de los aficionados »

Buda, el profeta de Asia

Poema Indio inspirado
en la Historia de Buda

III III III

Interpretada por el príncipe **HIMANSU RAI**
y por la encantadora **SEETA DAVIS**

III III III

LA obra más interesante de la temporada, la única filmada en los sagrados templos hindúes del Indostán, con toda la poesía ensañadora y creyente de la India, cuyo príncipe Himansu Rai encarna el legionario personaje de Buda.

Dulce poema de amor, que caminando a través de nuevos y sugestivos ambientes, nos lleva hasta el momento en que *el profeta de Asia* comienza su ministerio de sacrificio y predicación.

Postal:
Petey Marmont

50 céntos.

Exclusiva: **Ernesto González**

Imp. GARROSA. — Villarroel, 13 y 14. — Barcelona